

# Teatro Puertorriqueño: Anti-Epica de La invasión

La peculiar situación política de Puerto Rico ha producido una especie de aislamiento dentro de la comunidad de los pueblos hispanos. Esto, unido a cierto desdén, ha dado lugar a un particular desconocimiento de sus letras, hecho paradójico, dado el medular hispanismo de un pueblo que, a pesar de estar unido políticamente a una nación sajona, se sigue aferrando al idioma como vehículo idóneo para confirmar su identidad. De ahí que falten ensayos sobre la obra de sus más distinguidos escritores, como es el caso del dramaturgo Manuel Méndez Ballester, poco conocido fuera del ámbito insular. Sin embargo, Méndez Ballester cuenta con una extensa producción dramática y sus piezas de corte realista se pueden encontrar de las mejoras que ha producido el teatro de habla hispana durante este siglo. Además de *Tiempo muerto*, que es un clásico puertorriqueño y una estupenda expresión de la tragedia rural, *El clamor de los surcos*, *Encrucijada* y *La invasión* son certeros aciertos de Méndez Ballester. Nos interesa esta última en particular por las implicaciones históricas, ya que situada en 1898 y durante la Guerra de Cuba, las implicaciones son múltiples, entrelazando conflictos claves de tres nacionalidades: Puerto Rico, España y Estados Unidos. Esto no excluye que la obra sea en sí misma un logro dramático. Por serlo, también es un logro histórico. Situación dual que nos obliga a una breve anotación cronológica:

- 1897 España le concede la autonomía a Puerto Rico.
- 1898 21 de abril, comienza la Guerra Hispanoamericana.
  - 12 de mayo, la escuadra norteamericana bombardea San Juan;
  - 25 de julio, se inicia la invasión por Guánica;
  - 18 de octubre, entrega oficial de la Isla a los Estados Unidos.
- 1934 Se publica *Insularismo* de Antonio S. Pedreira.

Esta breve cronología es imprescindible para una aproximación adecuada al hecho histórico que representó la invasión y al hecho dramático que recoge Manuel Méndez Ballester en *La invasión*. El acontecer histórico que tiene lugar en los años 1897 y 1898 ofrece un contraste que vamos a resumir de entrada de una manera bien sencilla: orden civil y orden militar. En 1897 España le ofrece a Puerto Rico una solución política donde se trata de resolver el problema puertorriqueño pacíficamente y por medio de un proceso legislativo que aparecía recogido en la Carta Autonómica.

Esta carta Autonómica concedía a Puerto Rico un Gobierno propio con amplias ventajas comerciales. El gobierno de la Isla se llevaría a cabo por un gobernador general y un Parlamento Insular bicameral. El gobernador general estaría ayudado por un Gabinete de Despacho compuesto por puertorriqueños... El gobernador general sería nombrado por la Corona; era el comandante en jefe de las fuerzas armadas de la Isla... El Parlamento Insular se componía de dos cuerpos: la Cámara de Representantes y el Consejo de Administración... Para ser elegido representante era necesario tener mayoría de edad, haber nacido en la Isla o residido en ella continuamente por cuatro años anteriores a la elección... El Consejo de Administración se componía de quince miembros: ocho de ellos elegidos por el pueblo y renovados en su mitad cada cinco años; y siete designados cada cinco años con carácter vitalicio por el gobernador general a nombre de la Corona<sup>1</sup>.

La Carta Autonómica le daba a Puerto Rico un sistema de gobierno liberal y dejaba en manos de los puertorriqueños gran número de asuntos locales. La presencia del gobernador general y los derechos que le eran conferidos, limitaban el liberalismo de la Carta Autonómica, existiendo siempre la posibilidad de que los puertorriqueños, en cualquier momento, se quedarán sin las reformas otorgadas. Sin embargo, se trataba de un paso positivo en la vida política de la Isla que era de considerable importancia. Pero la Guerra Hispanoamericana va a trastocar ese orden de cosas. En 1898 los Estados Unidos enfrentan a los puertorriqueños con una realidad bélica.

A mediados de mayo una escuadra estadounidense, al mando del almirante Sampson y compuesta por diez barcos de guerra, bombardeó la ciudad de San Juan... Las modernas armas de fuego de la flota estadounidense eran muy superiores a las viejas piezas españolas. La mayor parte de los proyectiles de la armada atacante, sin embargo, pasaron sobre la ciudad. Ello hace suponer, contando con que Sampson era un perito en esta fase de la guerra, que el almirante no quiso destruir la ciudad ni las vetustas fortalezas... El verdadero ataque se verificó por Guánica, desembarcando allí el 25 de julio de 1898, 3.314 infantes, que habían partido de Guantánamo, Cuba, al mando

---

<sup>1</sup> J. L. VIVAS MALDONADO, *Historia de Puerto Rico* (New York: Las Américas, 1977), pág. 225.

del teniente general Nelson Appleton Miles... Las tropas del general Wilson, avanzando por la carretera central, según lo planeado, se enfrentaron a una resistencia mayor cuando las tropas españolas se fortificaron en las alturas conocidas como El Asomante. Desde ellas las tropas españolas podían defender el camino contra una fuerza atacante muy superior, y durante tres días *detuvieron a los estadounidenses. Cuando estos preparaban su ataque final* en Utuado, el 12 de agosto, llegaron órdenes de suspender las hostilidades. España se rendía y la guerra terminaba<sup>2</sup>.

A estos hechos históricos que sirven de fondo a la acción de *La invasión* de Méndez Ballester, hay que agregar la importancia conceptual que tiene *Insularismo* de Antonio S. Pedreira dentro de la cultura puertorriqueña. El libro de Pedreira es en sí mismo una interpretación polémica del ser y el acontecer nacional que deja una profunda huella en la cultura isleña.

La concepción idílica de lo hispánico es un fenómeno peculiar que adquiere en Puerto Rico matices desproporcionados. Se trata de una manifestación del nacionalismo insular, llevado a extremos a consecuencia del peligro foráneo sajón del cual ha sido víctima Puerto Rico. La importancia que se le ha dado al componente hispánico, ha dado lugar a un cambio de dirección, y la obra de Pedreira ha sido sometida a un análisis frecuentemente demoledor. «La subestimación del componente indígena de la identidad nacional y, a la inversa, la exaltación hispanófila de ésta recibieron su formulación clásica en *Insularismo*»<sup>3</sup>. Pero inclusive dentro de esta interpretación negativa, queda *Insularismo* como un clásico puertorriqueño que no debe desconocerse, y que deja su profunda huella en una generación de escritores que se forma dentro de un mismo padecer histórico. De ahí que *Insularismo* y lo que este libro representa en el pensamiento puertorriqueño, esté presente en las actitudes de los personajes de *La invasión* por la simple razón de que autores (Méndez Ballester, Pedreira), pueblo y personajes conviven dentro de una misma realidad.

### *La decisión de los invasores*

Méndez Ballester coloca a Puerto Rico, con dramática precisión, en la hora cero de su historia contemporánea. 1898. Como si el tiempo se hubiera detenido y la historia se repitiera circularmente, los personajes de *La invasión*, paralizados, contemplan el desembarco sajón como en el pasado contemplaron el hispánico. Cuando se inicia

---

<sup>2</sup> VIVAS MALDONADO, págs. 230-232.

<sup>3</sup> JUAN, A. FLORES, *Insularismo e ideología burguesa* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979), pág. 32.

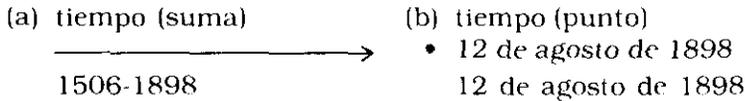
la obra Pijuán Bermúdez descende las escaleras, se dirige sencillamente al espectador y lo coloca directamente en el momento histórico, al mismo tiempo que nos pone en antecedentes de su genealogía. El procedimiento no es repetido por el dramaturgo, hecho lamentable ya que es muy eficaz en este momento y la naturaleza de la pieza se presta a esta interrupción dialéctica.

El título de la obra es muy representativo de un desvío histórico de consecuencias extraordinarias. Al llamarla *La invasión*, Méndez Ballester concentra la atención en un acontecimiento de origen foráneo que se le impone a los personajes de la historia nacional. Al hacerlo así, reduce las posibilidades de los personajes, que al volverse víctimas de la situación están imposibilitados de la liberación épica. El conflicto es, efectivamente, dramático, como en *El jardín de los cerezos* de Chejov. La lírica nostalgia del título chejaviano determina la imposibilidad de luchar por la supervivencia de un mundo destinado a desaparecer bajo las presiones del materialismo y la violencia. La dosis de nostalgia del teatro de Chejov va acompañada de la parálisis de la acción, y al ser el dramaturgo de la parálisis burguesa se vuelve también dramaturgo de la revolución. Sería absurdo pedirles a Chejov y a Méndez Ballester la creación de una épica de lo que no fue. Su ausencia histórica y su presencia dramática invitan a la discusión hipotética de lo que pudo haber sido<sup>4</sup>.

Al hacer su presentación al público, Pedro Juan Bermúdez, apodado Pijuán, expone cuidadosamente los determinantes genéticos. Es evidente que el autor los considera importantes. Al mismo tiempo que los ubica con mucha precisión en unos pocos días del año 1898, concentra en ellos una serie de factores genéticos donde encierra muchos siglos. En este sentido refleja en escena la preocupación del «¿cómo somos?» y el «¿qué somos?» que interesó ensayísticamente a Pedreira. Al remontarse el protagonista a sus orígenes burgaleses en el siglo XVI, queda la raíz hispánica como esencial, y en especial la castellana: inclusive la castellana del Cid. La relación es paradójica ya que Pijuán es la antítesis de la decisión épica. El árbol genealógico se enriquece con la contribución indígena («el primero de los Bermúdez se retiró de soldado, se casó con una india cimarrona», 3) y la africana, algo más directa («El mayor se le escapó un día de la hacienda, se hizo escribano y se casó con la trigueña más guapa de la capital».

<sup>4</sup> Las citas de *La invasión* corresponden a una copia que nos dio el autor. Aclaremos de paso que en Cuba, al subir al poder Castro, hay toda una invasión chejoviana que influye en autores como Abelardo Estorino y Reguera Saumell. En cuanto a *La invasión*, Wilfredo Braschi ha observado la condición chejoviana de la obra. «El estilo de la obra —con acento en el diálogo que fluye lejos de la acción política y bélica— recuerda a Chejov». Ver: Wilfredo Braschi, «Manuel Méndez Ballester, dramaturgo», *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* (julio-diciembre, 1977), pág. 53.

3). Es evidente que Méndez Ballester está realizando el perfil étnico del personaje, fundiendo los tres integrantes raciales en un contexto de decisión y rebeldía. Es en este sentido que el autor difiere de la debilidad física, fisiológica y psicológica que se le atribuye frecuentemente al puertorriqueño. La virilidad histórica se confirma en el lecho y en la guerra, caracterizándose esta última por la lucha contra la ingerencia extranjera, particularmente sajona. Todo esto hace que el personaje esté presentado teniéndose en cuenta una serie de antecedentes épicos que lo convierten en figura idónea para la acción. El compromiso bélico se confirma en la gesta de 1868 y el año terrible del 87. En la lógica genética Pedro Juan Bermúdez tiene todos los genes necesarios que hagan de él un hombre de acción. La conciencia del tiempo está trabajada por Méndez Ballester en esta exposición inicial, donde quedan contrastados:



El devenir del tiempo llega a un punto escénicamente exacto.

Con conciencia didáctica, Méndez Ballester concluye la introducción del personaje: «La pregunta que nos hacemos todos es: ¿por qué razón los americanos han invadido nuestra Isla? Los Estados Unidos le han declarado la guerra a España tomando como pretexto el coloniaje a que España tiene sometida a Cuba. El pretexto es, pues, la libertad de Cuba, ayudar a Cuba en su guerra por la independencia. Pero con esa misma excusa los Estados Unidos han invadido Puerto Rico y amenazan con apoderarse del archipiélago de las Filipinas. Lo que verán ustedes esta noche es un aspecto de esta violenta intervención y de cómo los Bermúdez hicimos frente a esta agresión» (4). De esta manera del planteamiento del problema en términos genéricos por medio de la pregunta, pasa el autor a la traslación del conflicto a nivel real; es decir, a nivel dramático.

La respuesta vamos a darla nosotros en sencillos términos escénicos y caracterológicos, como si brutalmente Theodoro Roosevelt, el hijo de su padre y supuesto «jíbaro de la Fortaleza», avanzara hacia las candilejas y con la mayor naturalidad del mundo nos abofeteara con su texto:

T. R. We become colonial minded... In these later years of the nineteenth century the United States, and for that matter the whole of the white world, was not merely at the end of a century but at the end of an era... It was considered as axiomatic that no white nation could find a worthy opponent except in another white nation. Warring against the colored nations was more dan-

gerous and more exciting than big-game shoorint but still more or less in the same category. Destiny seemed to point to an entire world ruled by white people... We began to become very wealthy, but our increasing wealth was based on increased production. That meant, logically, the necessity for increased markets also... The accepted broad doctrine on colonies was, therefore, that they were trade assets. They were considered in terms of customers for manufactured products and sources of raw materials... The idea of self-determination had not been born, and altruism took the form of a firm belief that the best thing a white country could do for a colored country was to take it over and let the superior whites administer the affairs of the inferior indigenes... Our ostensible reason for entering the war had been to gain for Cuba her independence. We found ourselves, however, with a far more complex problem, for we had, in addition to Cuba, Puerto Rico and Philippines... The general attitude of mind of the white people at that period was that no nation with any pretense to importance should be without colonies... We decided that we, too, would be an empire and shoulder «the white man's burden»<sup>5</sup>.

Si el teatro tiene sus estereotipos, de Brecht a Marqués, la realidad no deja de tener los suyos, como el caso de Theodore Roosevelt, que fue gobernador colonial de Puerto Rico en 1929. El texto de Roosevelt bien pudo haber sido escrito por su mayor enemigo, y su forma directa y llana de explicar las raíces racistas del colonialismo deja corto a los marxistas del Caribe. Sería injusto, sin embargo, considerar el texto del personaje como representativo, no sólo de la conciencia colectiva de un pueblo sino también de la de todos sus gobernantes. La generalización sería tan simplista como cualquier otro estereotipo —del machismo a la docilidad puertorricense. Es evidente que Roosevelt es responsable de su texto, y aquéllos que lo compartan, pero la culpabilidad de los hombres es siempre individual, no genérica. Ciertamente, dentro del texto dramático de *La invasión*, bien pudo darle Theodore Roosevelt respuesta semejante a Pijuán: cae dentro del ámbito histórico-colonial de *La invasión*.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> THEODORE ROOSEVELT, *Colonial Policies of the United States* (Garden City, N. Y.: Doubleday, Doran and Co. 1937). Ver el capítulo «We become colonial minded», de la página 66 a la 86.

<sup>6</sup> Sin embargo, sería injusto no decir algo más sobre Theodoro Roosevelt. Dice de él Albizu Campos: «Este hombre, con el sentido del político populachero de barrio, se hace pasar por un gran amigo nuestro, se interna en la montaña, saca fotografías de nuestra desnudez y de nuestra hambre. La propaganda en Estados Unidos solicita la caridad pública y privada norteamericana, alegando que no tenemos recursos para atender a nuestras necesidades». Ver Albizu Campos, *La conciencia nacional puertorriqueña* (México: Siglo XXI, 1972), pág. 98. La cita, no obstante la intención, refleja el interés de Roosevelt por el bienestar social de los puertorriqueños. Y a pesar de nuestras objeciones respecto al «personaje», también debemos observar que «Roosevelt llegaría a ser uno de los mejores gobernadores americanos que tuvo Puerto Rico, ya que hizo todo lo posible por resolver los crónicos problemas socio-económicos de la Isla», según opinión de Gonzalo F. Córdova en *Santiago Iglesias, creador del movimiento obrero de Puerto Rico* (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1979), pág. 103.

*Los signos de la decisión*

Méndez Ballester utiliza pocos pero muy funcionales elementos visuales y auditivos para caracterizar la acción y los personajes. Pijuán reaparecerá «junto a la ventana del fondo limpiando un fusil mientras se escucha en el patio el rasgueo de una guitarra. Poco después se oye, en segundo plano, una descarga de fusilería. Rápido, Pijuán se asoma a la ventana, reclina el fusil y toma los anteojos de campaña que cuelgan del seto y observa» (4). La pasiva de la acción caracterizará todo el resto de la obra. Si limpiar un fusil puede sugerir la posible intención de usarlo, el resultado no tiene que ser necesariamente éste. Si Pijuán, al escuchar la descarga, se hubiera asomado a la ventana con el fusil y hubiera disparado, habría respondido a la conquista sajona con épica filmica, pero épica al fin y al cabo. En su lugar, deja el fusil y toma los anteojos de campaña, lo que equivale a confirmar que el peligro físico no está tan cerca como pudiera parecer. El rasgueo de la guitarra ocupa un lugar más cercano a la acción que la descarga de fusilería, hecho que produce auditivamente un distanciamiento bélico y un acercamiento lírico. Este movimiento pendular va a caracterizar el desarrollo de la obra de principio a fin. De esta forma el episodio guerrero que le sirve de título no es un hecho presente en escena, ni de forma demasiado inmediata, sino un motivo importante pero de naturaleza referencial que nunca ocupa un primer plano activo. A pesar del profundo significado de los hechos y de las repercusiones que los mismos tendrán en la vida de los personajes, existe un sentimiento casi bucólico que da un carácter nostálgico más que guerrero, un latido arcadiano, que parece ser el anhelo de los personajes y que refleja la actitud vacilante del protagonista. A los pacíficos personajes les cuesta trabajo aceptar que una realidad de sangre y fuego se tiene que super-imponer al goce idílico y al sentimiento arcadiano que ellos perciben en la vida puertorricense. En el espíritu de Pijuán late el conflicto aparentemente insoluble de no poder conjugar la paz con la guerra.

Esta ambientación se reiterará durante el segundo acto. Al descorrerse el telón es Diego, el sobrino de Pijuán, el que observa con anteojos de campaña la batalla que tiene lugar en las montañas, en el Asomante. Es inevitable recordar a Samuel Gili Gaya, porque la versión que nos da es la que podemos percibir a través de los anteojos de campaña con los cuales contempla la invasión: «El Asomante parece como si quisiera embravecer un poco, pero en seguida se arrepiente de sus gestos de matón y se inclina con toda cortesía ante el azul cobalto de la costa sur»<sup>7</sup>. Baste imaginar a Theodore Roosevelt en el

<sup>7</sup> Gili Gaya citado por Antonio S. Pedreira, *Insularismo* (Rio Piedras: Ediciones Edil, 1973), pág. 41.

Asomante de Gili Gaya para comprender el desajuste entre el hombre y el paisaje. Lo mismo podría decirse de un guerrero español en cualquiera de sus muchos feroces episodios bélicos. No así los puertorriqueños de *La invasión*. Aunque todo esto no pase de una interpretación literaria, el material con el que manipulamos la crítica (Méndez Ballester, Pedreira, Gili Gaya) nos enfrenta a un bucolismo bélico en el que los guerreros están de más.

Al principio del segundo acto, cuando Emilio entra para hablar con Lupe y a lo lejos se escucha el tiroteo, Lupe se pone a tejer crochet. Diego observa: «Es que mamá, tan pronto oye un tiroteo, se pone a tejer crochet» (37). La explicación de una serie de acontecimientos guerreros en la historia puertorriqueña y de persecuciones políticas, se hace al ritmo de una conversación amena y mientras Lupe teje. Esta contraposición le da nuevamente a los episodios armados un carácter familiar. El bombardeo de San Juan por la escuadra norteamericana es narrado vivamente por Lupe y Diego, pero el intimismo de la escena, el tono, el hecho de que Lupe siga tejiendo, le da al momento el distanciamiento nostálgico de algo que uno tiene la impresión que ha ocurrido en alguna remota distancia. Aunque se escuchan tiros y cañonazos, tal parece que el peligro no está allí. Cuando Emilio dice, «Bueno, voy a dar una vuelta por las trincheras» (41) e invita «Diego, ¿quieres acompañarme un momento a las trincheras españolas?» (42), es difícil imaginar que en estos momentos se está decidiendo, cuando menos, un siglo de historia puertorriqueña.

Nada de esto es, en modo alguno, dramáticamente objetable. El gran acierto de Méndez Ballester es el tratamiento inusitado, y posiblemente muy puertorriqueño, de un acontecimiento bélico, que desnuda de épica y lo presenta en todo su dramático sentido. Dramático sentido que reside, principalmente, en su anti-épica. Todo es, naturalmente, cuestión de puntos de vista; pero el del autor es muy válido en este caso. Al anularse la épica se acrecienta la angustia dramática, interna, siempre de tipo civil, tal y como corresponde al carácter de todo pueblo que sea civilizado. En este caso los bárbaros son los agentes de la guerra, los portavoces de la fuerza: lo cual determina que ellos sean, precisamente, los conquistadores.

Después de todo Puerto Rico no estaba en guerra y ésta es una razón por la cual la guerra aparece como una naturaleza superimpuesta a una circunstancia y unos hombres que vivían en una paz relativa. La situación es, en tal sentido, muy parecida a la estructura bucólica que uno asocia con la vida del indio americano y la llegada de los conquistadores a ciertas regiones caracterizadas por una existencia pacífica. «Somos un pueblo ajeno a la violencia y cortesmente pacífico, como nuestro paisaje»<sup>8</sup>. Ciertamente o no, los personajes de *La invasión* reflejan un orden civil, no militar.

<sup>8</sup> Pedreira, pág. 41.

Al iniciarse el tercer acto, «Pijuán observa el mapa de la guerra cuando entra Diego visiblemente malhumorado y se queda mirando despectivamente a su tío» (59). El proceso de distanciamiento con el que ha venido trabajando Méndez Ballester se cumple una vez más en este momento. La sutil pero firme evolución de Diego queda nitidamente expuesta en una breve pero decisiva escena que anticipa la decisión final del joven. Al observar Pijuán el «teatro de la guerra» en el mapa que estudia detenidamente, destaca su temperamento analítico, no participante. Esto irrita a Diego, que desde el primer momento ha propuesto la participación activa del tío: es decir, la toma de conciencia de tipo existencialista y funcional. El texto del tío delata su ser: «De manera que si los guerrilleros no atacan con rapidez, están perdidos» (60). «¿Están perdidos o estamos perdidos?» (61), se apresura a observar Diego. En esta fina distinción gramatical reside el secreto de toda la obra y de todo el episodio. El distanciamiento que va de la tercera a la primera persona explica el acontecer histórico y caracteriza a Pijuán, que es un hombre no participante, que ve pasar la vida, que funcione en tercera persona y nunca existe ni en yo (acción individual) ni en nosotros (acción colectiva). La acción, en todo caso, para el protagonista, se desarrolla en el plano mental. De ahí se originan las limitaciones funcionales de su conciencia colectiva. El trazado es tan preciso que Méndez Ballester comete un error de caracterización al final cuando Pijuán «decide» unirse a las guerrillas. Pijuán no puede dar la «decisión» porque es la «indecisión» misma y su suplicio de Tántalo (o quizás su destino trágico de Sibila) es saber, entender, agonizar, y ser incapaz de resolver nada. La forma en que el personaje va posponiendo la «decisión» mediante el uso pacífico de fusiles, anteojos y mapas, evidencia que él es, militarmente, un estratega de la nada. Su promesa dramática inicial («...de como los Bermúdez hicimos frente a esta agresión», 4) crea un «suspense» dramático cuyo verdadero sentido está en una «decisión» que nunca llega a tomarse: «Y en los momentos más graves nuestras decisiones vacilan en un ir y venir sin reposo buscando su acomodo»<sup>9</sup>. Si durante dos actos estuvimos en espera de que Pijuán actuara, y no llegó a hacerlo: lo mejor que hubiera podido ocurrir, dramáticamente, es que al final *no* hubiera actuado *tampoco*. Además de haberse conservado la naturaleza básica del personaje, hubiera reflejado muy fielmente la situación de una burguesía liberal que no pudo o no supo hacer realidad su ideario. Por otra parte, la presencia de Diego salva la obra de generalizaciones puestas en tela de juicio («el puertorriqueño dócil») y ofrece el necesario contraste entre la acción y la parálisis.

---

<sup>9</sup> Pedreira, pág. 32.

*Dialéctica histórica de la duda*

Si tomamos una generalización y la aplicamos a un acontecer personal, la generalización no se comprueba en términos de un pueblo pero sí puede aclarar móviles de la conducta. Además, nunca dejamos de generalizar. El puertorriqueño que se irrita cuando se dice que los puertorriqueños son así, posiblemente se defiende diciendo que los norteamericanos son de este otro modo. El pedreirismo que se combate por su falta de base poco científica, se protege con una dialéctica marxista no menos generalizadora y subjetiva. Decir que los europeos, como decía Pedreira, son legislativos, y los africanos ejecutivos, puede ser una teoría tan científica como la de la creación del mundo en siete días; pero, además de ser una opinión tan válida como la de los marxistas-leninistas, puede servir para desentrañar caracteres individuales, como en el caso de Juan José Bermúdez, alias Pijuán.

Empeñado el personaje en presentar su genealogía de la acción como resultado de su trilogía étnica (tesis opuesta a la de Pedreira), su indecisión lo vuelve una criatura representativa del hombre del cual Pedreira debió sacar sus conclusiones. Pijuán insiste en su activa (su contribución bélica a la causa independentista cuando el Grito de Lares), pero al iniciarse la obra se confirma su pasiva, inclusive física: «Un guerrillero necesita dos brazos fuertes como dos troncos, y mi brazo derecho ya no me responde bien» (6). Físicamente lógico, además: en 1868 el protagonista tiene veinte años; estamos en 1898. Al considerarse, sin embargo, que sus cincuenta años no son un real y absoluto impedimento, sus vacilaciones pueden explicarse pero no justificarse del todo.

A los efectos didácticos, la naturaleza legislativa del conflicto dramático le sirve a Méndez Ballester para presentar una síntesis histórica de la situación puertorriqueña en 1898, analizando de forma sistemática el conjunto de fuerzas ideológicas que funcionaban en Puerto Rico en aquel momento. Esto lo logra sin adulterar la acción, ya que los personajes que representan la diversidad de posiciones ideológicas, lo hacen siempre de modo funcional y no como simple exposición teórica.

Pijuán, que representa en la obra lo mejor de la puertorriqueñidad, se encuentra asediado por las presiones de dos fuerzas antagónicas. La épica del pasado se materializa gracias al coronel Sarmiento, que plantea el conflicto de un modo incomprensible para el resto del mundo hispanoamericano, cuyo proceso histórico no tuvo que enfrentarse a dilemas semejantes. Sarmiento le pide a Pijuán su colaboración en la lucha contra las tropas norteamericanas y explica la imposibilidad de atacar las columnas americanas por los flancos «por-

que no tenemos los guerrilleros. Porque nos faltan hombres de experiencia como usted» (19). Por otra parte, don Gonzalo es el portavoz de la épica del futuro colonialismo sajón, aunque no sea tan clara la intención. El le trae a Pijuán instrucciones de Washington para que «los separatistas no hostiguen a las tropas americanas» (32), sin que estas fuerzas definan su posición anti-colonial. De esta manera el personaje se encuentra en el vértice de dos fuerzas coloniales que le presentan proposiciones inadmisibles y que lleva a la única solución posible: unirse al separatismo puertorriqueño. Esto explica la presencia desde el primer momento del ideario independentista, cuando Galo, el peón negro, le informa a Pijuán que los separatistas son responsables de la descarga, cuyo ciclo se cierra al final con la «decisión» tomada, primero por Pijuán, después por Diego, de levantarse en armas en defensa del separatismo. Pero, entre la desigualdad de la lucha y lo tardío de la «decisión», el gesto de los personajes sólo tiene un contenido simbólico (no muy distante del simbolismo de Guarionex) sin el menor resultado práctico.

Pijuán está consciente del doble juego: «Hoy los separatistas tenemos dos adversarios que combatir: los españoles y los americanos» (7). Pero los enemigos de la independencia también están conscientes de esa duplicidad. Si el coronel Sarmiento lo amenaza solapadamente diciéndole: «Lo que está mal para nosotros puede resultar peor para ustedes los separatistas» (18), don Gonzalo advierte de una forma todavía más cruda: «Pijuán, si descartas la diplomacia, sólo te queda un camino peligroso... el de las armas... el camino del suicidio» (33). Esta oposición, que cierra el primer acto, es un acierto del planteamiento dramático, hecho por Méndez Ballester con la precisión técnica que le caracteriza cuando maneja escénicamente procedimientos realistas. Políticamente Pijuán se encuentra atrapado en un juego de fuerzas que será conducente, primero, a la parálisis del acto, después, a la derrota de la «decisión», cuyo carácter incierto queda planteado tan pronto se inicia el segundo acto:

- LUPE: ¿Qué ha respondido el Gobierno Autónomico?  
 PIJUÁN: No sé.  
 LUPE: ¿Y el consejo que te dió Gonzalo de no hostigar las tropas americanas?  
 PIJUÁN: ¿A cambio de qué?  
 LUPE: No sé. Gonzalo no dijo nada concreto. Tienes razón. ¿A cambio de qué?  
 PIJUÁN: A cambio de otro fraude.  
 LUPE: Los españoles también pueden engañarnos.  
 PIJUÁN: No tengo la menor duda.  
 DIEGO: Son pájaros del mismo plumaje.  
 PIJUÁN: Son iguales. Estamos lidiando con dos lobos hambrientos a la vez.  
 LUPE: Tendrás que hacer la decisión.  
 PIJUÁN: No puedo (36-37).

La lógica del texto seleccionado es nítida. Va del desconocimiento de una decisión colectiva al «no puedo» de una individual. El preciso contrapunto conduce a un esquema del existencialismo histórico:

$$+ \frac{\text{pájaro} = \text{pájaro}}{\text{lobo} = \text{lobo}} \text{ VS «hacer la decisión»}$$

que es lo que no se hace. Matemática del más y del menos.

El gran planteamiento de *La invasión* radica en el terrible sentido que tuvo, tiene y tendrá, para el pueblo puertorriqueño, esta decisión pospuesta. Aunque Pijuán sabe que es su deber ayudar a Leonardo, no acaba de hacerlo y, la propia Lupe no llega tampoco a precisar su posición. No pasa de su inicial «no sé que decirte» (9). Mientras que Galo, el peón negro, se decide y se une a los guerrilleros, Pijuán sin decidirse. «¿Qué espera usted?»: «El momento justo» (52). Galo se va y Pijuán se queda, en espera todavía. La agonía de esa espera tiene una manifestación trágica: «Tienes una cara como si te hubieran sentenciado a muerte» (53). ¿Por qué no se decide? ¿Qué lo detiene? ¿Cuál es ese momento, tan exacto, tan preciso? Aparentemente no es hasta que se firma el armisticio que Pijuán considera que la lucha ha terminado para los españoles y comienza para los puertorriqueños. Sin embargo, estratégicamente, no tiene sentido. Aunque quizás la lucha haya empezado para su sobrino, no hay duda que ha terminado para él.

Pijuán no es más que un reflejo a nivel individual de las dudas que manifiesta el movimiento separatista a nivel colectivo. «¿Qué diablos le sucede a los separatistas? Hostos en Nueva York, Betances en París, y el Directorio Revolucionario acaba de disolverse. En San Juan cada cual te ofrece una versión distinta» (13). «Estamos desorganizados y sin cabecilla. Contamos con intelectuales y políticos brillantes, pero nos falta un revolucionario auténtico, un hombre que tome el mando y trace el camino» (13). La indecisión de un individuo refleja la de un partido incapaz de organizar sus fuerzas, lo cual, según Pedreira, forma parte a su vez de una mentalidad colectiva. «De ahí que sea tarea relativamente fácil la de faltarle el respeto a todo un pueblo cuya principal debilidad radica en su debilidad para la acción junta y desinteresada»<sup>10</sup>. Mal congénito o no, la acción de *La invasión* confirma la debilidad a varios niveles, imposibilitando el éxito de la dialéctica histórica de la duda.

Es a todas luces imprescindible un análisis del conjunto de factores que determinan esta «indecisión» de la «decisión» que encontramos en el pensamiento y el gesto del liberal decimonónico. Pedreira insis-

<sup>10</sup> Pedreira, pág. 33.

te en el carácter legislativo de la raza blanca y el ejecutivo de la raza negra. La relación de esta afirmación con el texto dramático se hace palpable: Redención en *Martana o el alba* nunca duda de su misión ejecutiva; tampoco lo hace, en *La hacienda de los cuatro vientos*, el negro esclavo que mata a la bruja martiniqueña; Galo, en *La invasión*, es el primero en decidirse. El determinismo naturalista decimonónico influye mucho en el pensamiento de Pedreira cuando afirma: «Del cruzamiento de españoles puros que en la isla luchaban desventajosamente contra las enfermedades y el clima, nació el *criollo*, paludicho y ágil, que a través de algunas generaciones pudo asimilar con utilidad los rigores del trópico»<sup>11</sup>. De concepción que debió ser parecida gesta Belaval a Francisco de Andrade y Ruiz. Aunque sea muy discutible la afirmación de Pedreira, Juan Angel Silén la comparte en medida igualmente subjetiva cuando dice que al llegar a América los españoles ya traían las semillas de la decadencia. En *Eugenia Victoria Herrera* de Myrna Casas, Jaime Herrera confirma esta decadencia. La obsesión genética como determinante de la conducta constituye un motivo que se repite una y otra vez, casi obsesivamente, en la dramaturgia puertorriqueña.

La lógica marxista ha buscado otros caminos para explicarnos el fracaso de la burguesía decimonónica. «Si Puerto Rico no ha logrado aún su independencia formal, ello se ha debido a que la clase que la hubiese podido lograr nunca pasó de ser un caso extremo de "lumpemburguesía" de que nos habla Gunder Frank. El contraste con Cuba resulta aleccionador. La burguesía puertorriqueña del siglo XIX no alcanzó nunca el grado de madurez y de desarrollo de la burguesía cubana de ese mismo período»<sup>12</sup>. En otras palabras, el «atraso» de la burguesía puertorriqueña se debía a que todavía padecía de una estructura «pequeño parcelaria», que se percibe con claridad en el carácter de las relaciones humanas en los núcleos burgueses de la dramaturgia estudiada, «dentro de la cual la célula básica de una economía de exportación plenamente constituida —el latifundio—, si bien no está excluida, no ocupa aún posiciones predominantes»<sup>13</sup>. Los Andrade en *La hacienda de los cuatro vientos* de Belaval son terratenientes de este tipo, y en *Eugenia Victoria Herrera* de Myrna Casas, se discuten las limitaciones del capital cuando los Herrera intentan vender la hacienda. No existe un capital suficientemente agresivo. Lo que es «peor» en términos marxistas: existía una «organización económica de cuyos beneficios es partícipe —si bien en

---

<sup>11</sup> Pedreira, pág. 29.

<sup>12</sup> MANUEL MALDONADO—DENIS, *Hacia una interpretación marxista de la historia de Puerto Rico y otros ensayos* (Río Piedras: Editorial Antillana, 1927), págs. 26-27.

<sup>13</sup> Ramón de Armas citado por Maldonado-Denis, pág. 27.

muy diferentes grados— una mayoría significativa de la población rural<sup>14</sup>: pequeños agricultores, proletariado agrícola, esclavos manumitidos. En otras palabras, la interpretación marxista de la historia puertorriqueña nos dice que los puertorriqueños no son libres porque la burguesía criolla no era ni tan latifundista, ni tan esclavista, ni tan capitalista, como la cubana. El teatro confirma lo expuesto. En el tercer acto de *La hacienda de los Cuatro Vientos*, el terrateniente español se dispone a transformar el sistema esclavista, creando voluntariamente en su propia hacienda un proletariado rural. Paradójicamente, la benignidad de la clase terrateniente (Andrade, Rojas, Herrera, Bermúdez) reduce el material humano necesario para llevar a feliz término un proceso revolucionario. El paternalismo ortegueano y culto de esta llamada «lumpemburguesía», se vuelve su mayor virtud y su mayor defecto. Para el marxismo tiene un carácter negativo, ya que los hacendados puertorriqueños, por ser más generosos que los cubanos, evitan la formación de una conciencia revolucionaria.

La armonía de las relaciones humanas reduce las posibilidades de la acción revolucionaria. Dificulta la «decisión». La revolución se nutre de la violencia, que es factor determinante de la rebeldía. Pero en Puerto Rico el proceso se debilita entre la autoridad española y el criollo, y entre ésta y las clases trabajadoras. Aunque Pijuán tiene presente que los españoles mataron a su padre y a su cuñado, sabe también que le han concedido a Puerto Rico una Carta Autonómica de carácter liberal. Esta situación le da cierta autoridad al coronel Sarmiento al considerar posible la ayuda de Pijuán. De decidirse a su favor, el puertorriqueño estaría defendiendo no a España sino al sistema de gobierno que le ha sido concedido a Puerto Rico. Con esta conciencia de la reducción del abismo que separa al opresor del oprimido, es que pregunta: «¿Ha hecho usted la decisión?» (45). La «decisión» se ha vuelto más difícil, precisamente, a consecuencia de esta reducción de distancias. Las medidas asimilistas producen este efecto psicológico, lo que explica que la situación puertorriqueña esté constantemente sometida a una presión de este tipo que dificulta la «decisión», «Las represiones, lejos de quebrantar el impulso, favorecen el avance de la conciencia nacional»<sup>15</sup>, y viceversa. Si el avance de la lucha de clase se reduce en la medida que Galo y Pijuán estén unidos en una causa común, y el primero se sienta protegido por el paternalismo del hacendado liberal, algo muy parecido ocurre en *La invasión* a nivel de las relaciones entre españoles y criollos, y la recién concedida Car-

<sup>14</sup> Ramón de Armas citado por Maldonado-Denis, pág. 27.

<sup>15</sup> FRANZ FANON, citado por Miguel A. Riestra, *Pobreza y colonialismo* (Río Piedras: Editorial Antillana, 1978), pág. 63.

ta Autónoma produce un debilitamiento de la conciencia nacional desde la perspectiva del pensamiento separatista.

Además, las relaciones cordiales entre la autoridad española y los criollos de la burguesía (que se confirma en el caso de los Rojas primero y de los Bermúdez después), debilita también y crea una mayor confusión. Salvo en el caso de Pijuán, todos los personajes sienten, en una medida u otra, una especial simpatía por lo español. Pijuán, por ejemplo, recordará la experiencia histórica a nivel familiar para atemperar sus impulsos a favor de lo español: «Fueron ellos, los españoles, los que mataron a nuestro padre y a tu marido» (10). Lupe opone vínculos creados por los genes: «No te olvides que nuestro padre era español. No podemos odiar a los españoles. Es imposible» (10). Cuando Pijuán considera que es su deber ayudar a los guerrilleros, Lupe vacila y cae también en las fronteras de la duda: «No sé qué decirte» (9). Lupe se alarma porque están quemando las haciendas españolas y siente que el coronel Sarmiento es un «adversario noble» (10), mientras que Pijuán se siente «enemigo implacable de todo lo que él representa» (10). El protagonista se encuentra en medio de una confusión ideológica a nivel individual, familiar y nacional. Cuando Diego le dice al principio del segundo acto, «éste es el momento de atacar a los americanos por los flancos como te propuso ayer el coronel Sarmiento» (35), la estrategia militar se complica con los mismos conceptos que le ha expuesto a Lupe respecto a lo que el colonialismo español ha representado para los Bermúdez.

Pero es en Pola donde la conciencia de clase y los principios dominantes de la hispanidad llegan a un extremo que traspasa el elitismo orteguiano en su mejor sentido para convertirse en auténtico desprecio por los que no son de su misma condición. Es, por cierto, uno de los mejores personajes de la obra, cuyos defectos se ponen de relieve gracias a un tratamiento que no representa ninguna animosidad de parte del autor. A pesar de los atractivos de Pola, las facetas negativas de su carácter están delineadas sin que uno llegue a perder de vista las razones que explican su manera de ser. Esta naturalidad confirma el talento dramático de Méndez Ballester, que logra llevar a escena, con sencillez y autenticidad, las facetas más variadas del ser puertorriqueño. Porque Pola es, en su intransigente hispanismo, en su propia identificación con el poder colonial, todo un carácter de la vida puertorriqueña arrancada de un período, pero que puede ser transferido, muy fácilmente, de un siglo a otro.

Pola se identifica, sin ponerlo en tela de juicio, con los españoles. El incendio de la hacienda familiar, de nombre foráneo, *La asturiana*, es un motivo inicial importante. Ha sido incendiada por los guerrilleros separatistas: se trata de un gesto de rechazo a un coloniaje de cuatro siglos. Para Pola, sin embargo, representa la traición

manifestada a niveles múltiples: «Los cónsules extranjeros y la gente adinerada casi obligaron al Coronel San Martín a rendir la plaza» (25); «Le digo a usted que cuando se rindió la plaza de Ponce, aquello parecía una fiesta. Sólo así pude darme cuenta de los muchos amigos hipócritas que tenía» (25). Pero esta crítica no la hace Pola porque se identifique con su país: ella se identifica con los colonizadores: «Usted sabe que mi padre es español y que mis sentimientos están con España» (26). No defender los intereses de España es para la muchacha delito de traición: «La retirada de las tropas fue mucho peor. Los voluntarios puertorriqueños se negaron a seguir a la tropa veterana española y comenzaron a desertar» (26). La peculiaridad de la situación puertorriqueña hace discutible lo que en otros lugares de la América hispana sería flagrante delito de traición: un voluntario al servicio de España. De esta manera, si ubicamos el texto de Pola en el Puerto Rico de hoy y nos imaginamos una situación hipotética similar, surgirá el conflicto cainístico de la traición. ¿Quién comete delito de traición? ¿No es Pola, en realidad, la que ha traicionado? Entonces, hoy, ¿cuál sería la verdadera Pola? Siente un profundo desprecio por su pueblo, y en sus evocaciones nostálgicas, que embellecen la obra con una conciencia del tiempo que acrecienta la tristeza, se nos presenta con un tono de superioridad indiscutiblemente elitista. De su encuentro con una chica campesina, comenta lo siguiente: «¿Te imaginas quién era? La nieta de don Valerio, uno de nuestros agregados más antiguos. Fuimos a su casa y me puso a conversar con el pobre viejo, y me pueden creer ustedes que no sabe todavía quiénes son los americanos. Me porfió que si hablan inglés son ingleses, y que seguramente son los mismos que trataron de apoderarse de Puerto Rico en el año 1797, según le contaba su padre. La verdad es que esa pobre gente del campo es un hato de ignorantes» (43). La actitud de Pola está enraizada a un fuerte concepto de clase. Es lógico que su conciencia aristocrática de la vida no sienta ninguna afinidad por el coloniaje sajón, como tampoco por el ideario democrático sobre el que se funda la nación americana. Pola tiene un concepto monárquico de la vida y no podría aceptar nunca la participación de las masas en el gobierno de los pueblos, a modo de la democracia americana o bajo alguna de las formas del socialismo. No se da cuenta que es ella la que es incapaz de comprender el devenir histórico en su concepto más amplio y en los moldes concretos puertorriqueños. Después de todo, a nivel local, es el jíbaro el que comprende la historia y cuando dice «si hablan inglés son ingleses» está haciendo una interpretación intuitiva donde entra en juego la filosofía de la historia. Pola tiene un concepto minoritario y elitista de la revolución: «Los que tienen esa conciencia de la patria, de lo nacional, son casi siempre los pequeños grupos» (44). Elitismo revolucionario, este último de la burguesía revolucionaria del

siglo XIX y que (aquí sí pone la bala en el blanco) la coloca frente a frente y el mismo nivel de gran parte de la elite revolucionaria del XX, que diciendo lo contrario no hace otra cosa que creer en lo mismo.

Sería injusto, sin embargo, reducir la significación y el alcance del personaje, que se enriquece con su fijación a lo que va camino de extinguirse. La derrota acaba por crear una condición poética, y la nostalgia sirve para ahondar en la sicología de Pola, con sus recorridos entre las ruinas del olvido. «Qué puede haber entre las ruinas de una vieja hacienda sino recuerdos» (35). Este matiz le da la nota chejoviano-puertorriqueña que caracteriza la intimidad de *La invasión*. Su conciencia inculdicable respecto a lo que ella es, su responsabilidad como representante de una clase, hace que uno acabe por tenerle cierto respeto. Después de todo, entre caracteres que vacilan, ella sabe lo que quiere y no claudica. Es lamentable que no defienda a Puerto Rico con los mismos bríos que defiende a España.

SARMIENTO: ¿No le gustaría quedarse aquí, en su país?

POLA: No, Coronel, me da pena decirlo pero éste es un ambiente demasiado estrecho, asfixiante, vulgar.

SARMIENTO: Usted se siente más española que puertorriqueña.

POLA: ¿Y qué quiere usted si me he educado en universidades españolas? (66).

Esta falta de identificación del personaje con el espíritu nacional es lo que acaba por nacionalizarla. Méndez Ballester nacionaliza una actitud: la españolización de Pola no es más que un reflejo histórico de la americanización de «Mary». Es, además, una realidad de doble visión que tienen que considerar los puertorriqueños. Cuando correlaciona el acontecer histórico, frívolamente, con los cambios climatológicos, Méndez Ballester, sin traicionar los matices de la frivolidad, nos ofrece un texto eminentemente trágico: «¡A quién se le ocurre firmar un armisticio en el mes de agosto!» (65). La irresponsabilidad de espíritu la convierte en una criatura monstruosa sin que se produzca una alteración del molde cotidiano. Deshumanización y elitismo que rompen los límites de la burguesía y que representa una actitud mucho más amplia de lo que a primera vista uno pudiera imaginarse.

La dirección opuesta parece representada por Emilio, que en medio de su supuesta imparcialidad, se inclina con una actitud bastante cínica hacia los americanos. Su simpatía hacia lo español es tibia y dudosa. «Yo me siento emocionalmente vinculado a la causa de España como muchos puertorriqueños. Pero, eso sí, no dejo que esa emoción me nuble el entendimiento» (56). Se declara «imparcial», «ni con unos ni con otros» (12); pero no es «más que un zorro» (12), como dice Pijuán sin alterar el carácter coloquial de la situación. Cuando dice: «cada día el hombre se me parece más a una hoja de yagrumo: por un

lado color de plata y por otro color de humo» (13), Méndez Ballester utiliza un excelente procedimiento caracterizador: se define a sí mismo mediante textos cuyo significado uno tiene que invertir o mediante definiciones dirigidas hacia la caracterización ajena. El que niegue su oportunismo no quiere decir que no lo sea: el personaje se vuelve convincente a medida que intenta convencernos de lo que no es. Al decir, «de ahora en adelante, el escudo de Puerto Rico será un manso cordero con un peso redondo en la boca» (77), no hace más que completar un diseño que él mismo ha ayudado a crear.

Sin embargo, el valor de Emilio como personaje es muy parecido al de Pola: se trata de la reversibilidad. Sin traicionar la medida de sus circunstancias (españolización, americanización), ellos pueden ser lo opuesto de lo que aparentan ser. Al ser un oportunista, Emilio no hace otra cosa que aprovecharse de la situación político-revolucionaria para sacar provecho para sí mismo. De esta manera el personaje es representativo de un tipo dentro del ser histórico: esto le permitirá invertir su papel cada vez que le llegue su momento. Tanto Pola como Emilio tienen las de ganar: la «decisión» de ambos está del lado de los más fuertes.

Es evidente que este último personaje percibe claramente el destino económico de Puerto Rico. «Dice José Julián Acosta en 1866: "Sin el mercado consumidor y productor de los Estados Unidos, puede asegurarse que no se habría desarrollado la agricultura puertorriqueña"; y para 1898, los Estados Unidos era ya "la metrópoli comercial" de Puerto Rico»<sup>16</sup>. El oportunismo, cualquiera que sea su naturaleza y condición, tiene antenas detectoras de los movimientos históricos. Es natural: la historia se define a veces bajo circunstancias de vida o muerte, a la que opone el oportunismo su «sálvese el que pueda».

*La invasión* está consciente de que el problema existencialista de Pijuán no es necesariamente el de todo el pueblo puertorriqueño en 1898. Puede ser, sin embargo, un problema de conciencia atemporal, que tiene una historicidad de siglos que abarca una temporalidad en la que se incluye el 98, pero que va desde el momento en que se inicia la historia de Puerto Rico hasta nuestros días. Del confucionismo ideológico del 98 deja constancia la obra mediante las múltiples referencias que se basan en el dato histórico. «Veamos la verdad cara a cara. Nos dice un observador de la época: "Cada vez que se enabola la bandera americana, era vitoreada con un vigor tal que probablemente nunca se le había dado a la española". El liderato político dijo junto a Muñoz Rivera que no queríamos ser otra cosa que "buenos y

---

<sup>16</sup> J. M. GARCÍA-PASSALACQUA, *La alternativa liberal* (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1974), pág. 43.

leales americanos". La reacción de la población civil ante la invasión, producto del miedo a regresar a la opresión "de la bárbara madre patria", no fue otra cosa que voluntariamente entreguista»<sup>17</sup>. Esta realidad colectiva hace más desoladora la circunstancia de Pijuán, que muy a pesar de sus buenas intenciones, también se muestra incapaz de apresar el pensamiento popular. De esta forma, el líder posible se enajena al mismo tiempo que se acrecienta el ritmo indeciso de la «decisión».

El carácter anti-bélico de *La invasión* se manifiesta además porque dentro de la dialéctica histórica de la duda desarrollada por Pijuán, se pone de manifiesto un nivel erótico en el que también tiene todas las de perder. El coronel Sarmiento es presentado como un donjuan español por el cual Lupe y Pola se sienten atraídas. Al separatismo histórico que convierte a Sarmiento en su enemigo, se agrega la interferencia del militar español en la vida familiar, debido a que Lupe ejerce sobre él una fuerte atracción. Peor todavía: se convierte en un rival en la vida amorosa de Pijuán, ya que éste está enamorado de Pola y Pola lo está del coronel. El amor matiza la lírica de la pieza, y el coronel que reciba a Garcilaso para enamorar a Lupe, pierde su carácter épico y contribuye a la lírica intimista de la obra. También el personaje se vuelve más interesante, adquiriendo una conciencia del vacío de la vida que no sólo lo caracteriza a él sino que se amplía hasta hacerse reflejo de la existencia nacional. «No crea usted que yo le atribuyo a la carrera militar todo el hastío que siento. En mí hay algo más: el sentimiento de derrota, la sensación de que he pasado por la vida viviendo cobardemente y aceptando en silencio sus injusticias y arbitrariedades sin haberme detenido siquiera un instante en el camino a protestar a voz en cuello contra el mundo entero» (48). De esta manera el hombre de acción que no se ha detenido un instante, antítesis del protagonista detenido, vive más allá de su uniforme la angustia de no haber actuado de modo diferente. La «indecisión» que le sobra a Pijuán es la «decisión» que le falta a Sarmiento: la épica también puede moverse en el vacío; más exactamente: la épica es la «decisión» del vacío. El amor llega a veces a superimponerse sobre todo el contexto histórico, reafirmando la esencia subyacente de un mundo que no estaba prisionero de las consignas. «¡Cómo se reirán los que vengan detrás de nosotros de las muchas supersticiones y mentiras que nos hemos inventado para ocultar el más poderoso y feroz de los instintos: el amor!» (60). El tono es eminentemente chejoviano y la angustia difusa está llena de un delicado desencanto finisecular, tan certero, que nos gustaría estar seguros que es en el amor donde radica el más legítimo mensaje.

---

<sup>17</sup> GARCÍA-PASSALACQUA, págs. 43-44.

Con Pijuán logra Méndez Ballester una de las manifestaciones claves de la dramaturgia puertorriqueña. La dialéctica histórica de la indecisión se individualiza dramáticamente y nos coloca en el angustioso ámbito del existencialismo puertorriqueño. El enfrentamiento puede servir también para encaminarnos hacia una conciencia más objetiva de la mecánica de la acción. «Toda acción humana, aún la llamada “elección moral”, está determinada por causas previamente existentes. Un hombre o un pueblo no debe responsabilizarse por sus creencias y hechos, a menos que hubiese podido actuar de otra manera, juzgándolos dentro de su propia condición existencial. Las decisiones y las acciones de un pueblo tienen consecuencias sobre el mismo que pueden ser tachadas de “buenas” o de “malas”. Pero las decisiones y las acciones de los pueblos no resultan de una bondad o una maldad innata, sino de su circunstancia, de su realidad histórica. La naturaleza de los pueblos es una realidad objetiva, previa y separada de su alegado libre albedrío. Su historia pasada y su realidad presente determinan cada decisión de un pueblo»<sup>18</sup>. La elección moral de Pijuán no podía librarse del cúmulo de circunstancias que moldeaban la vida puertorriqueña en 1898. Es el peso de todos estos elementos lo que dificulta la decisión, pero sería injusto que de ahí sacáramos la conciencia de la culpa. La realidad objetiva de 1898 está formada por una serie de factores que le son dados a Pijuán, pero de los cuales él no es responsable. La responsabilidad estriba en la necesidad del análisis de los datos, libres de toda culpa, y de acuerdo con ellos tomar la «decisión» considerada más justa. Ese es el problema de cada hombre. Ese es el problema de cada puertorriqueño.

### *Liberalismo: Separatismo y convivencia*

HOSTOS: Ayer pasé todo el día con los anteojos en las manos: desde el desecho hasta el Ataúd, y desde Punta Borinquem hasta Punta Ponce, todo lo ví, lo miré, lo remiré, lo bendije y lo sentí. Lo sentí: quiero decir lo que con esa frase expresa el dialecto literario, no es lo que ella dice por sí misma. Sentí por ella y con ella su hermosura y su desgracia. Pensaba en lo noble que hubiese sido verla libre por su esfuerzo, y en lo triste y abrumador y vergonzoso que es verla salir de dueño en dueño sin jamás serlo de sí misma, y pasar de soberanía en soberanía sin jamás usar de la suya<sup>19</sup>.

Méndez Ballester construye la *La invasión* en la medida de las palabras de Eugenio María de Hostos, cuando el 13 de septiembre de 1898 contempla a Puerto Rico desde la cubierta del «Philadelphia».

<sup>18</sup> GARCÍA-PASSALACQUA, pág. 36.

<sup>19</sup> HOSTOS, citado por Maldonado-Denis, *Puerto Rico, una interpretación histórico-social*, pág. 57.

Hasta la circunstancia parece un paradoja. Hostos es aquí el epílogo de Pijuán Bermúdez, que inicia la obra de Méndez Ballester contemplando la hermosura y desgracia que se gesta en el Asomante. Aunque el personaje no lo dice exactamente así, es indiscutible que Méndez Ballester ha logrado recrear idéntico dolorido sentir. Este mirar, remirar, bendecir y sentir constituye la realidad última de los Bermúdez en *La invasión*, los Rojas en *Mariana o el alba*, los Herrera en *Eugenia Victoria Herrera* y los Andrade en *La hacienda de los cuatro vientos*: agonistas de Méndez Ballester, Marqués, Myrna Casas y Belaval respectivamente. Con los dramáticos prismáticos de la derrota histórica, al modo independentista de Betances («yo sé que soy el vencido») <sup>20</sup>, personajes y autores reconstruyen el pasado. Los tonos son lúgubres y es lógico: ¿por qué estos dramaturgos, ante la historia, habrían de enfrentarse de otro modo, cuando les toca vivir en carne propia el resultado de «la invasión»?

Los Andrade, los Rojas, los Herrerías y los Bermúdez sufren al unísono una condición de clase social (burguesía criolla de honda raigambre hispánica) que los perfila escénicamente y dentro de cuyos límites tienen que vivir. No pueden escapar a sus circunstancias, limitaciones y problemas. Están ligados a España de un modo tan estrecho que la liberación se hace imposible, y los dramaturgos sienten el fenómeno, en mayor o menor medida, como continuidad y fijación. «Lo cierto es que la burguesía puertorriqueña nunca logró un desarrollo suficiente como para que sus intereses entraran en contradicción con los intereses de la metrópoli» <sup>21</sup>. Si los lazos están en vivo en la hacienda de los Rojas en el 68, no han desaparecido en casa de los Bermúdez en el 98. Particularmente en el caso de *La invasión*, gran parte del problema de la obra reside en las ramificaciones que estos lazos representan. Algunos personajes se sienten obligados a manifestar su incondicional españolismo y, como ya hemos indicado, es evidente que esta convergencia ideológica de conservadores y liberales pesan en las dudas de Pijuán. «Forzoso es manifestar a la "Madre Patria" incondicional adhesión. Muestra palpable de ello es cuán eficaz ha sido aún en aquél entonces la "colonización" del puertorriqueño, su apocamiento y pérdida del espíritu de rebeldía, incluso en el caso de aquellos liberales que eran portavoces de las ideas más avanzadas de su época» <sup>22</sup>. El sincero liberalismo de Pijuán está herido de muerte, afectado por las divisiones ideológicas, la recién adquirida Carta Autonómica y el cansancio que produce la acondicionada

---

<sup>20</sup> BETANCES, citado por Maldonado-Denis, pág. 47.

<sup>21</sup> MALDONADO-DENIS, *Hacia una interpretación marxista de la historia de Puerto Rico y otros ensayos*, pág. 30.

<sup>22</sup> MALDONADO-DENIS, *Puerto Rico, una interpretación histórico-social*, pág. 36.

derrota: de ahí su apocamiento y su inseguridad con respecto al partido que debía tomar.

Además, es evidente que una nueva dirección se avecina en la actitud de los puertorriqueños. En el seno de los Bermúdez está sembrada ya una conciencia materialista que paraliza la acción, no por motivos de flaquezas del ideal del hombre como Pijuán, sino a consecuencia del fortalecimiento de los intereses: «la realidad es que la mayoría de los puertorriqueños aprueban de la presencia estadounidense, de la misma manera que en 1898 muchos de ellos recibieron con flores a las tropas invasoras»<sup>23</sup>. No es sólo «la dialéctica del ser y del temer», como indica García Passalacqua: se trata también de la dialéctica del ser y del tener. Tener o no tener se vuelve contrapunto del ser o no ser, y se prefiere ser en la medida de lo que se tiene, como lo expresa Emilio en *La invasión*, que no es un caso aislado sino representativo. Emilio sabe que «la élite colonial, que había servido fielmente a España se apresta de inmediato a servir de igual modo a la nueva metrópoli. Todas las antiguas protestas de españolismo se trocarán como por arte de magia en protestas de norteamericanismo»<sup>24</sup>. Si Pola se enoja y se dispone a irse del país. Emilio adopta una actitud cinica y está listo para quedarse y aprovecharse del mejor modo de las nuevas direcciones de la historia. La actitud de Emilio no hace más que reflejar el oportunismo acomodaticio de muchos políticos de la época.

El texto dramático está estrechamente relacionado con lo histórico, sin que Méndez Ballester descuide por eso el trazado psicológico, que es siempre convincente. Mientras «la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano... caerá bajo el dominio de anexionistas como el Dr. José Luis Henna...»<sup>25</sup>, Pijuán manifiesta el ideario independentista y rechaza el anexionismo de Henna: «Fue un error nombrar al Dr. Henna presidente del Directorio. Siempre ha sido un anexionista, admirador de Estados Unidos» (32). Efectivamente, según nos lo confirma la cita histórica: los puertorriqueños «derramarán la última gota de sangre y lo sacrificarán todo para obtener la separación de nuestra pequeña isla de la bárbara madre patria y su anexión a la Gran República Americana»<sup>26</sup>. Pijuán, representante de una burguesía liberal revolucionaria e independentista, se ve en las redes de una situación mucho más compleja que la que se daba en Cuba. Mientras Martí logra independizar el pensamiento liberal cuba-

---

<sup>23</sup> GORDON K. LEWIS, *Puerto Rico: colonialismo y revolución* (México: Ediciones Era, 1974), pág. 252.

<sup>24</sup> MALDONADO-DENIS, pág. 55.

<sup>25</sup> MALDONADO-DENIS, pág. 54.

<sup>26</sup> Carta del Dr. J. J. Henna citada por Maldonado-Denis, pág. 54.

no del liberalismo de la metrópoli, en Puerto Rico no ocurre tal cosa y la intervención americana no hace más que empeorar la situación. Por eso, «el pensamiento liberal que surge en el contexto colonial es un pensamiento que flota en una atmósfera sin asideros, dándose así en el caso de que pueda desenvolverse en el limbo del pensar utópico»<sup>27</sup>. De nuevo la historia dibuja más nitidamente el retrato de Pijuán. Esta falta de asidero hace que el personaje se mueva, al parecer, en el vacío, a pesar del activismo de Galo y Diego. Pero estos pertenecen el primero, a otra clase; el segundo, a otra generación. Pijuán Bermúdez es el que vive a plenitud la derrota de la historia.

Este fracaso no debe negarle el pan y el agua a la burguesía liberal en la escena y la historia puertorriqueña. Si es cierto, y lógico, que vivieran dentro de los límites de su clase, no por ello hay que negarles sus virtudes. Méndez Ballester logra con Pijuán Bermúdez, además, el más integral retrato de un liberal puertorriqueño del siglo pasado. Los Rojas de Marqués tienen un carácter demasiado aristocratizante; cosa que encontramos en Pola, por ejemplo, pero no en Pijuán. Este último es más liberal que burgués, y Méndez Ballester destaca su condición humana. Inclusive su indecisión nace de una condición intrínseca del mejor liberalismo. Ortega y Gasset considera el liberalismo como suprema generosidad, ya que el liberal acepta el principio de convivencia de aquéllos que no piensan como él. Esto explica las diatribas anti-orteguianas (y anti-«insularistas», naturalmente) del marxismo. «Por eso, no debe sorprender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla. Es un ejercicio demasiado difícil y complicado para que se consolide en la tierra»<sup>28</sup>. De esta forma la autenticidad liberal de Pijuán hace que se desgarré entre separatismo y convivencia, ya que vive una experiencia compleja. El resultado es fatal: la conciencia liberal aparece condenada al grito decidido del vivan las cadenas.

---

<sup>27</sup> MALDONADO-DENIS, pág. 31.

<sup>28</sup> JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas* (Madrid: Espasa Calpe, 1969), pág. 82.

## CONCLUSION: ESQUEMA FINAL DE LA INVASION

Colocado Pijuán en el vórtice del conflicto  $\ominus$ , convertido en núcleo, su «decisión» está sujeta a presiones múltiples a nivel individual y colectivo. De un lado la dirección española, representada por Sarmiento; del otro la sajona, representada por don Gonzalo. Ambas direcciones responden a intereses foráneos y, por consiguiente, son fuerzas descendentes:  $\ominus$ . Hacia el primer grupo se inclina Pola; hacia el segundo, Emilio: ambos son participantes de signo negativo:  $\ominus$ . A Pijuán le corresponde mantener su independencia de criterio, con lo cual Diego y Galo funcionan como punto neutro al centro:  $\oplus$ . Otro tanto hace Lupe, también al centro, desolada dentro de una circunstancia que va moldeando su propia enajenación. Al firmarse el armisticio, el protagonista logra librarse de las dos fuerzas enemigas y tomar, aunque sea tardíamente, la «decisión» que representa su elección moral y el desentrañamiento de su incógnita.

